

La fragilidad de lo humano

Tunantes de Salamanca es una obra inteligente hecha con la manufactura delicada de los antiguos talladores de piedras, en la que se adicionan relatos y poemas. Su autor, el escritor salmantino José Manuel Ferreira Cunquero es poeta, novelista, y columnista en distintos medios. Reconocido socialmente por ello, además de por su vinculación con la Semana Santa salmantina y a diversas ONG,s a través del desarrollo de proyectos de carácter cultural como manera de voluntariado. Como escritor es conocido y reconocido por la calidad de su escritura que ha vertido en poemarios, novelas y relatos, con un estilo, tanto en poesía como en prosa, cuidado y fulgurante, con un profundo dominio de la retórica clásica, expresión clara de una persona cultivada y sensible. Entre sus obras se encuentran libros como *Tropel de silencios* (1980), *Demorándome en la ausencia* (1992), *El cálido fulgor de la cruz entre piedras* (1998), *Al otro lado de las horas* (2000), *Refugio para el grito* (2002), o *Trashumancia del delirio* (2006). En 2019 publicó, además, la novela *Casa baja*. En ella, mediante una inteligente utilización del *flashback* narrativo pasa revista a la vida de un grupo de exiliados republicanos de la Guerra Civil que, tras luchar en Francia junto a la Resistencia contra los

nazis, vuelven a España para cobrarse una venganza en un pueblo de la Sierra de Francia, en Salamanca. Aunque el itinerario geográfico es conocido entre los exiliados de la Guerra, Ferreira Cunquero teje una trama con los hilos de la política, el amor y la aventura, entre la Francia y el Madrid de la posguerra, que hacen de esta novela una de sus mejores aportaciones escriturales, a la altura de sus mejores obras poéticas.

El libro *Tunantes de Salamanca* supone, sin embargo, un punto de inflexión en la escritura de este autor al que llama la atención que haya tardado tanto en llegar, aunque la vida – tanto la de la creación como la del espíritu – discurre a su ritmo en cada uno de nosotros. La obra se presenta con una estructura fuertemente trabada mediante el dibujo de una colección de historias desarrolladas en Salamanca. El escenario nos permite contemplar, como en una acuarela impresionista, las imágenes de las catedrales, el Tormes y *el romano puente*, el Arrabal, la Iglesia de San Martín, y muchos otros lugares, de la ciudad y la provincia, que se van sucediendo como telón de fondo de las historias. A la vez dicha unidad icónica, se afianza con la unidad estructural, pues todos ellos están escritos con la misma mirada, y respondiendo a igual diseño narrativo.

De este modo, el primer texto incorporado al libro, titulado «El manuscrito», reconocido por su calidad en un premio literario en 2007, comienza utilizando muy habilidosamente el recurso cervantino del manuscrito encontrado (en un lúcido juego de combinación entre narrador, emisor y autor) empleado por escritores de la talla del señalado Cervantes, el salmantino de adopción Torrente Ballester o algunos de los mejores representantes del *boom* latinoamericano, lecturas de su autor, sin duda alguna, incorporadas personal e inteligentísimamente a su escritura.

Con una prosa cargada de plasticidad, el narrador ficticio, que ha escuchado de mano del protagonista las andanzas que va a contar, toma la palabra para relatar una historia de un pícaro que, en Salamanca, reprodujo una vida semejante a la de nuestro Lázaro de Tormes. Con la ciudad de la Salamanca clásica atemporal como telón de fondo, aquellos siglos modernos de la *Atenas castellana* que hace casi cuarenta años nuestro querido Fernando Rodríguez de la flor desplegase ante nuestros ojos, redibujada ahora por Ferreira Cunquero con una magnífica técnica descriptiva, una primera persona narrativa, totalmente acorde con el género imitado de la picaresca, va desgranando en un primer relato las aventuras de un tal Gonzalo, de sobrenombr *el Reverso*, con gran coherencia narrativa y también con un estilo magnífico y muy cuidado, imitando con gran exactitud la característica prosa picaresca (hipérbaton pronominal, adjetivación degradante, elección de personajes marginales, acciones desmedidas, protagonista antihéroe poco virtuoso y que pasa por oficios distintos, ambiente hostil, relato escuchado por boca de otros, etc.). Lo cierto es que el escenario, el protagonista y el relato se ajustan perfectamente a la narración pícara, con lucidez e inteligencia.

«Fraileras de Salamanca» se presenta al lector como una continuación del texto anterior, enhebrado concediéndole unidad por el recurso del narrador –ya anciano– que ha encontrado un documento en el arcón de su abuelo, y ese documento espolea la memoria de las noches pasadas con su antecesor al fuego de la lumbre, y los relatos oídos en la voz del patriarca. En esta ocasión es De nuevo, nos encontramos ante la presencia de un protagonista pillo, en clara sintonía con el texto anterior, lo que da unidad a la obra y la enhebra con el mismo hilo estructural. Y de nuevo, el espacio hace de Salamanca su protagonista y, en ella, también a los franciscanos

y a la salmantina Vera Cruz. En esta ocasión un niño es recogido por Fray José, quien, a modo de *Marcelino Pan y vino*, lo integra en la comunidad, sintiendo que les ha sido enviado por el cielo. El chico, apodado Jesús, crece en edad y también en su capacidad de pillaje. El relato es una historia de aprendizaje y de vida de un zagal que, sin más familia que los monjes que le recogen, y después de defraudarlos en sucesivas ocasiones acaba muriendo solo en la cárcel.

El tercer relato, con no pocas pinceladas de literatura más propia del romanticismo decimonónico y cierta evocación a las leyendas de Bécquer, se titula «La cuevera del Tormes». En él se desarrolla la historia de una bruja que vive en una cueva en Salamanca, salvada de ser ahorcada por fuerzas oscuras, y de su ayudante Lucinda, a quien la bruja le roba a su hijo al nacer para venderlo. La nueva vida que le dispensa a la joven un médico hace que en ella crezca el deseo de venganza contra la que ha sido hasta ahora su señora, y al intentarlo, las fuerzas del más allá hacen que la joven desaparezca sin que se vuelva a saber nada de ella. Para finalizar, «Otro estudiante de Salamanca», tal vez el más cercano en el tiempo al lector aunque, como el resto, sin alusiones concretas a una época real, relata en primera persona la vida de un estudiante salmantino llegado a la ciudad desde la frontera con Portugal, su vida en el colegio Mayor, las novatadas, el robo que comete de un libro con estampas de oro de la mesa del director del centro, y la venganza que obra con este robo contra un compañero enemigo y su final arrepentimiento.

Evidentemente, existen una serie de aspectos o detalles que al amigo o conocedor del autor no se le escapan. Su vinculación con los franciscanos a través de la Hermandad Franciscana del Cristo de la Humildad por él constituida hace unos años o su vinculación, directa en los últimos años, con la

organización Proyecto Hombre. Siempre he pensado que los mejores autores son aquellos que aúnan a la base de toda escritura que constituya la calidad técnica y la inspiración genial, un modo de vida y pensamiento verdadero, no artificial ni forzado. Siempre he sabido que Ferreira Cunquero sabe contar las historias como nadie, pero también sabe escucharlas como nadie, fijándose en las personas que las cuentan y empatizando con ellas. Por eso cuando las vierte sobre el papel este se llena de verdad y el lector —que siempre sabe cuándo le gusta lo que lee— lo sabe al leerlas.

Igualmente, José Manuel Ferreira Cunquero es sobradamente conocido como poeta y, concretamente, en su faceta de poeta semanasantero, en la que, en Salamanca, sin duda alguna es el mejor exponente de este tipo de poesía. Aunque la segunda parte del libro es un poemario, los senderos por los que sus versos se encaminan son diferentes, si bien conservan con la poesía semanasantera el rasgo definidor de acercarse a las vidas personal o socialmente fallidas de quienes se han visto, *ungidas por el capricho de la mala suerte*. Y aunque el poemario está dedicado a una persona concreta, quienes vivimos la Salamanca de los años 80 recordamos —ya con cierta edad o, mejor, con una edad cierta— tenemos en mente a menudo a alguien cuya pérdida aún echamos en falta. Titulado *Regreso al hombre*, está estructurado en dos partes. La primera, «Mendigos de silencio y tiniebla», expone una colección de poemas vertebrados por la idea, en concordia con los relatos, de seres heridos y frágiles, víctimas de un destino que les ha situado en espacios heridos. Se trata de una galería de dibujos pispunteados por la piedad del corazón que los contempla arrojados como resultado de su suerte (mala). Profundamente musical, la parte lírica está dominada por una escritura vehiculada por una mirada compasiva, expresada en

una retórica intensa, con gran protagonismo de la metáfora y una acerada semántica en torno al dolor, a la oscuridad, que, en muchos casos, se presenta en una dinámica lírica circular. Lo más punzante y dolorido del estilo del autor emerge aquí en toda su crudeza. Si en los relatos que componen la otra mitad de este libro domina el escritor alucinado por la aventura y el misterio de la vida, en esta vertiente lírica de la obra, en esta umbría de la vida (literaria también) lo que se pone de manifiesto es el autor que siente lo que le ocurre a sus protagonistas. El autor que al escribir vuelve a sufrir aquello que en su momento le llevó a empatizar con quien le daba un argumento para una historia o los versos, a apiadarse de la persona que sufrió ante él.

Son poemas muy hermosos, en muchos casos el hilo que los enhebra es una escritura lírica de la que se hace dueña una poderosa capacidad para la metáfora a la manera lorquiana. Así lo vemos en ese primer texto, cuyo primer verso, «Breve clavel herido», titula como en todos los casos el poema. En este, se llora la vida de un ser humano tocado por la desgracia de un destino no escogido, o ese otro poema que impresiona en el uso de una sinestesia intensamente emocional, «Olvidó a qué sabía el roce de una mano»... Todos los poemas seleccionan escenarios lúgubres, que apuntan al propio interior de quien los habita: cielos ennegrecidos del verano, mientras muere el hombre –y también el Hombre–, acompañados de esas inteligentes aliteraciones fonéticas en las que se dibuja lo que se canta acusadoramente: «La vi llegar destruida / como despojo desquiciado». O ese otro poema, «Agua de terror en el pozo oscuro», que nos recuerda la descripción de la cueva del Polifemo de Góngora (*infame turba de nocturnas aves*), tan magníficamente estudiada por Dámaso Alonso para construir con esa vocal oscura y esa sílaba trabada la noche de la gruta

y el vuelo de quien la habita. También la tautología intensificadora «Era silencio en el silencio», que se completa a la manera de Steinbeck en aquel terrible final de Las uvas de la ira y cuya evocación en los versos de Ferreira Cunquero resulta inevitable para quien ha leído al americano: «asido a los pechos de la mugre/ sin atuendo de inocencia». O el inteligente y sensible símil, de procedencia ascendente, que zarandea la impasibilidad de quien lo lee, generando en él una inevitable empatía con el temblor expresado: «Aterrado como gorrión sin alas»... O, para finalizar este recorrido por esta primera lúgubre parte del poemario, «Se creía reina de sus feudos», uno de mis preferidos, con claras reminiscencias románticas, con ese toque de lo gótico (que hoy es parodia pero que en el ambiente original era, como hubiera escrito Marx, drama) que lo acerca a la historia de la Annabel Lee de Poe, la historia de una vida truncada por / sin un amor equivocado.

Sin embargo... «nada está tan dañado como para que Dios no pueda recuperarlo», sentencia con esperanza el personaje de Hércules Poirot al final de una de las historias que para él creo Agatha Christie, quizás aquella narración en la que el mal hecho había sido mayor. Por eso, la segunda parte del poemario, denominada «Hacia el sol de las cosechas», refleja la posibilidad de recuperación de estas vidas heridas, su salvación, mediante una serie de poemas cuyo hilo conductor es la mirada luminosa y consoladora. En ellos la segunda oportunidad adopta formas de sonrisa, «como flor inesperada», la mirada de frente, «oficiando la liturgia de la entrega». La luz en ella toma la palabra y es el canal de una nueva agua limpia. Por eso, no extraña al lector encontrarse con campos semánticos inéditos en los que el mundo habla un nuevo idioma al hombre que parece que ha vuelto a nacer: alborada, amanecer, campiña, cielos, sol... También sus reflejos emocionales toman

el poema y lo hacen suyo. Se llenan los versos de lágrimas, caricias, mansedumbre, ternura, besos, abrazos..., como manera y expresión de la reconciliación del hombre o de la mujer rotos con la vida, que le ha ofrecido una segunda oportunidad «al saber de nuevo que la vida / los llamaba por su nombre». Y así lo confiesa el sujeto lírico: «fui testigo, gran fortuna, / de ver nacer entre mis brazos/ nuevamente al hombre».

Porque, al final, uno tiene la sensación de que estos seres frágiles son víctimas de un sistema que mira hacia el otro lado («parroquianos de dosis seductoras», lo denomina el poeta) que oculta sus miserias morales con vestimentas de aparente civilización evolucionada y solidaria, en la que, constantemente, se «venden cántaros de respeto y armonía».

Son, de este modo, la prosa y la poesía de José Manuel Ferreira Cunquero muy emocionantes, y generan en el lector mucha ternura y empatía, concorde con su finalidad de entrega solidaria a Proyecto Hombre, donde el escritor es desde hace tiempo voluntario. De hecho, pareciera ser esa experiencia personal la que da unidad y enhebra a todos los protagonistas de los relatos y, sobre todo, de los versos: vidas heridas salvadas por una mano amiga, «como recientes niños que retornan / al color del beso y del abrazo», en palabras del autor, y también retratadas con enorme belleza y piedad en el libro, bajo el que late aparentemente escondida una profunda esperanza.

He dicho más arriba que estos poemas no eran semanasanteros. Pero quizás me haya precipitado, tal vez sí que lo sean, porque los ojos y la mirada del poeta creyente que es José Manuel (y cuya preocupación social, más allá de la fe, arraigó muy pronto en él) no habrían podido expresar lo que estos versos manifiestan a sus lectores si no fuera por las veces que han mirado compadecidos los cristos y las vírgenes sufrientes de las tallas de nuestra querida semana santa salmantina.

Pienso ahora si todos aquellos versos no hayan sido sino bocetos para cantar al verdadero Cristo sufriente que, a una edad madura ya para casi todo, se le ha venido a aparecer a mi querido Ferreira en este recodo de la aventura —vital y literaria— como un hermoso Emaús regalado a sus ojos que él ha sabido ver y reconocer.

Es, en definitiva, este un magnífico libro escrito por una pluma cuidada y prodigiosa, del más alto nivel, que nos reconcilia, de nuevo, con la idea de que la palabra posee en su nudo íntimo el poder sanador y la capacidad de transformar el mundo. Ojalá este magnífico libro de José Manuel Ferreira Cunquero contribuya a ello.

Asunción ESCRIBANO